

III. A. 5- LOS SACERDOTES, OTROS CRISTOS

(Padre Fundador – Tomado de los Ejercicios Espirituales de 1963 – día 7º)

“Esto es mi Cuerpo. Tomad y comedlo”. “Esta es mi Sangre. Tomad y bebedla”. ¿Y después? ¡Ah! “HACED ESTO VOSOTROS”.

¡Qué cosa más bonita! Los hombres nos volvemos locos para llenar de solemnidad los actos de importancia y hay que ver qué de fórmulas buscamos, y qué invitaciones hacemos, y qué discursos, y qué lápidas. Cosa más grande que la Eucaristía y el Sacerdocio no la hay en la tierra, después de la Encarnación.

¿Cómo Cristo hace la Eucaristía? ¿En función solemne, rodeado de querubines y serafines y ángeles todos del Cielo, cantando el Sanctus? No; cogió un poco de pan, que es el alimento básico y más usual: *“Esto es mi Cuerpo”*. Sin más. Pero añadiendo -maravilla de las maravillas-: *“Esto va a ser siempre, ¿eh? Estáis admirados de que Yo hago andar a los cojos, oír a los sordos... Pues, mirad, esto ya no es pan: es mi Cuerpo, y esto mismo lo vais a hacer vosotros”*.

Nada más. Y queda instituido el Sacerdocio, para que ese acto de amor, la mayor prueba de amor, la mayor prueba que cabe, ese “dar la vida” en Eucaristía y Cruz, ese Sacrificio de Cristo se perpetúe mientras el mundo exista.

¡Eso es amar y eso es amor! No es un acto suelto, un momento de ternura: *“Hijitos míos... Yo no puedo menos de compenetrarme con vosotros en un acto de amor intenso y voy a hacer el gran milagro de convertirme en vuestro alimento y manjar espiritual...”*. ¡Tanta poesía no le va al Señor! Sencillamente: *“Esto es mi Cuerpo”*. Ya está. Y «como os amo a vosotros y a cada uno, hasta el fin de los tiempos, para que podáis decir: *“Me amó y se entregó por mí”*», como Yo no voy a seguir en el mundo según voluntad del Padre, lo vais a hacer patente vosotros, para que cada uno al comulgar, sepa que le amo. Y como la Eucaristía es la actualización de mi muerte cruenta del Calvario, cada uno puede decir: *“Y se entregó por mí”*». *“Dilexit nos... dilexit me... et tradidit semetipsum...”*. Con esta divina sencillez, propia solo de Cristo, queda instituido el Sacerdocio.

Hijos míos: mucho hemos hablado y habéis leído y meditado acerca del Sacerdocio; pero cada vez comprendemos mejor que nuestra palabra es impotente para expresarlo adecuadamente; porque, aparte de lo que encierra en sí de grandeza y sublimidad, nunca se agotará el Sacerdocio de Cristo, el participado por sus escogidos.

Entonces, además de cuanto podáis repensar en esta contemplación, escuchando de nuevo la palabra del Maestro: *“Haced esto en memoria mía”*, se me ocurre decir:

El Sacerdote es, por lo tanto, la prueba perenne del amor de Cristo. Porque lo instituyó con un fin principal: la Misa, “el Sacrificio de la Nueva Ley”, en donde “perennizado” -perdonadme la palabra, pero me parece muy expresiva- el Sacrificio del Calvario, se crea en la Eucaristía, de manera que el derramamiento de la Sangre y la entrega del Cuerpo se van a dar hasta el fin de los tiempos, a todos y a cada uno de los hombres que existan en el mundo. No cabe mayor finura y delicadeza. No cabe mayor prueba de la perennidad del amor del Señor.

Un Sacerdote, por lo tanto, es el cántico perenne del amor de Cristo. Sin darse cuenta, sin pretenderlo, su sola presencia va diciendo a todas las gentes que Cristo sigue amando como amó en el Cenáculo. Por tanto, que su amor no se ha enfriado lo más mínimo en veinte siglos, ni se enfriará hasta el fin de los tiempos, ni por toda la eternidad para los predestinados.

Segundo: pero como el amor exige también convivencia, el Sacerdocio viene a ser la forma más clara, por más humana, de personalizarse Cristo, conviviendo con nosotros.

En verdad que quedará Él en la Iglesia, en la Eucaristía, en presencia misteriosa, pero real y verdadera. Sí, cuanto queráis. Pero una convivencia personal, palpable, audible, material, entre nosotros, solo se realiza mediante el Sacerdocio; porque el Sacerdote, aunque “entresacado de entre los hombres”, es un hombre como todos los demás, pero es el auténtico “otro Cristo”.

He aquí, pues, la forma de demostrar el amor, a través de la convivencia, la coexistencia, el trato mutuo, visible, tangible, palpable.

Y Cristo ha tenido esta ocurrencia: «Como os va a hacer falta FE, y grande, para aceptar la realidad de mi presencia eucarística, quiero que, además, me tengáis entre vosotros, pero... SACERDOTE, esto es, un hombre elegido por Mí, que va a ser “mi otro Yo”, conviviendo con vosotros en el mundo».

Con qué sencillez, con qué facilidad, con que “ocurrencias” tan originales ha dado Cristo la solución a todas las exigencias del amor.

Más todavía. El Sacerdocio es la manera más clara y más perfecta de estar Cristo dándose a las almas. Porque el Sacerdocio no es para quien lo recibe. Es una vocación, un don, es un tesoro, pero, en su ejercicio, no es para sí mismo: es para los demás. Es para darlo a los demás. Y como lo que da Cristo a sus Sacerdotes es el ser y el poder sacerdotal, a través del Sacerdote Cristo sigue dándose, entregándose, que -miles de veces lo llevamos dicho- son las pruebas y la vida del amor verdadero. Por eso, a “ellos”, a los que elige para el Sacerdocio, los hace “dispensadores de los misterios de Dios”, administradores de la gracia, al servicio de las almas.

Y por eso también, después de “ordenarles” Sacerdotes en el Cenáculo, cuando marcha a los Cielos, les dirá: *“Id y predicad a todas las gentes”*. Y, cuando vayáis predicando, para que se salven, *“bautizadlos”*. Como siempre habrá pecadores en el mundo, *“recibid el Espíritu Santo: a los que perdonéis los pecados, les serán perdonados...”*.

He aquí, Hijos míos, lo que se me ocurre, en el ambiente de estos Ejercicios. Resumo: en virtud del Sacerdocio, Cristo nos da la prueba perenne de su amor, que es la Eucaristía y la Cruz, puesto que “ellos” son los que tienen la misión de perpetuar ambas hasta el fin de los tiempos. Además, va a tener la satisfacción de seguir entre los hombres, personalizándose, porque el Sacerdote es “otro Cristo”. Y, por otra parte, el Sacerdocio no es tanto para el que lo recibe, cuanto para los demás, los constituye por eso mismo en “dispensadores de los misterios de Dios”. Realmente es impresionante.

Pero, Hijos míos, todavía quiso algo más el Señor -y esto, cuán directamente nos afecta a nosotros, a nuestra Congregación-. Quiso que los Sacerdotes -¡hasta eso!- fueran también, portadores de sus virtudes, de su santidad y de su perfección. ¡Oh! ¡Sí, hasta ahí llega la “locura” del amor del Señor!

Les da su ser sacerdotal, participando de su Sacerdocio. Les da su poder: *“Haced esto...”*. Pero, también, porque quiere que le personalicen en su totalidad, esto es que sean en toda verdad “alter Christus”, “otro Cristo”, los quiere santos como Él.

¡Esto es sublime! Pero terriblemente comprometedor. Porque el ser y el poder sacerdotal se lo da Él, porque está en su mano. Pero la santidad y la perfección no se la puede dar sin su colaboración, sin la aportación del ejercicio de su libérrima voluntad, porque es cosa personal -que así ha sido el Señor de benignísimo con el hombre-. Es tarea de cada uno.

Y entonces, Cristo no tiene más que un camino: pedirlo... pedirlo. Y para forzar más esa petición, ofrecerse, pero ofrecerse de la manera más fuerte y que más violencia va a hacer al Padre: como VÍCTIMA.

Él quiere que “ellos” sean los “otros Cristo”, totales y perfectos, en lo divino y en lo humano, en lo sacerdotal y en lo personal. Pero, como para ser eso es necesario el concurso del individuo, y aunque también para eso es Él quien da la gracia, quien empuja, pero siempre tiene la palabra la persona; entonces apela a los dos grandes recursos: su ORACIÓN y su OFRECIMIENTO, su INMOLACIÓN “por “ellos”.

¡Oh, Hijos míos, y cuando esa santidad personal sea una realidad, es cuando el Sacerdote es “OTRO CRISTO” en su totalidad!

Ciertamente que, aunque no sea santo por su vida y virtudes, no por eso deja de ser “otro Cristo”, en cuanto que Sacerdote por participación. Pero el Señor los quiere, no solo “otros Él” en el desempeño del oficio sacerdotal, sino también en todo, absolutamente en todo. Porque Cristo, aunque sea por su ser -Cristo significa “ungido”- es eminentemente SACERDOTE, tiene también otras muchas facetas y prerrogativas: es, en primer lugar, el Hijo de Dios; quiere que sean “ellos”, también, verdaderos hijos de su Padre Celestial, de una manera más particular que los demás hombres. Es Rey: quiere que “ellos” tengan un dominio espiritual, pero soberano, de sí mismos, ante todo y de las demás almas después. Es “el Profeta”: y quiere que “ellos” tengan la categoría de “videntes” -eso es ser profeta-, y el vidente tiene que ser “limpio de corazón”, porque solo así se alcanza a ver a Dios. Es “el Taumaturgo”: y quiere que “ellos” sean los que realicen los grandes milagros de desplazar al demonio de sí mismos, también en primer lugar, y luego de todos los demás.

¡Ah! Pero todo eso requiere una base, un principio, un sólido fundamento, que es la propia perfección, la santidad personal.

Y como eso depende, sí, de la gracia, pero con la colaboración viva de cada persona, por eso Él, para arrancar esa gracia eficaz, que opere en “ellos” y les mueva a la correspondencia -que eso es la gracia eficaz-, decide PEDIR y OFRECERSE “PRO EIS”.

Venerable padre José María García Lahiguera